

Fugitiva

sofia ponzio

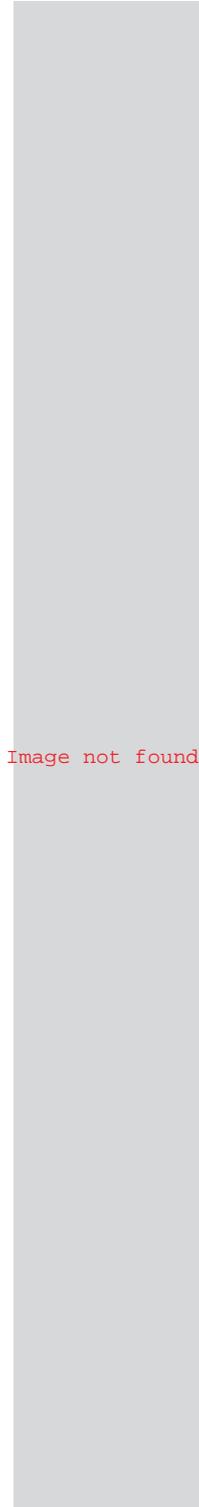


Image not found.

Capítulo 1

Con la canción de mi infancia se encuentran los recuerdos reprimidos de aquella noche... Vidrios rotos, telas rasgadas, paredes manchadas y el televisor mudo con la pantalla congelada en un canal cuyo nombre no recuerdo con exactitud. Ella me mira, yo le devuelvo la mirada pero no emitimos palabra alguna. Luego desaparece y todo se vuelve oscuro, frío y desolador. Ya no hay más destrucción y todo el dolor que sentía presionando en mi pecho, parecía desvanecerse.

El ruido bullicioso del despertador hizo eco en mi habitación, alejándome de ese sueño para devolverme a la rutina que me envuelve en este nuevo año de cambios. "Una vez más" pensé, una vez más me levanto con esa sensación amarga en el cuerpo, como si un gran huracán hubiese pasado entre las sábanas y me hubiera sacudido hasta el último cabello. Ya pasaron siete años de los cuales no sé nada de mamá y aún el sueño y la noche me juegan una mala pasada. Necesitaba aire, un respiro, una voz amiga que me invitara a tomar un café en el diminuto bar de la esquina y me alejara por unos segundos de aquellos fantasmas que de vez en cuando me acechaban. ¿Dónde habrá ido? ¿Qué le había pasado? ¿Se acordará de mí y de Gastón? Son preguntas que por un momento me exigen una respuesta y me decidí a crecer con la intriga de que quizás nunca voy a conseguir sus respectivas respuestas. "Pasamos por mucho" me repite mi hermano y por un momento ese consuelo me distrae de los pensamientos que se abren paso por mi cabeza. Después de tanta lucha por parte de mi viejo, me consiguió una cita con un psicólogo recién recibido y con cara de poca paciencia. Hace un año terminó mi padecimiento con el colegio secundario y me tomó medio más lograr decidirme por mis estudios posteriores, es curioso ya que mis intereses son infinitos, pero rara vez me imagino haciendo algo toda la vida, estancado en un solo lugar si unas cadenas invisibles nos obligaran a permanecer siempre acá.

Después de aquellos sueños perturbadores decidí que era hora de hablar, de expresarme frente a alguien que pudiera entenderme o por lo menos escucharme sin presentar un juicio prematuro acerca de mi locura por encontrar a alguien que había huido de mi como un perro despavorido luego de que el dueño le constatará una paliza. Nunca voy a entender por qué, por qué me había dejado y había tirado todas las promesas por la borda, por qué siendo tan pequeño me había sometido a semejante castigo ¿Acaso me lo merecía? Con apenas cinco años de edad, ningún niño puede hacerte tanto daño como para abandonarlo, pero el miedo a veces hace que las personas generen un caos en medio de otro caos.

Así fue cómo me adentré en la sala de espera, sentado junto con tantos otros, moviendo los pies con impaciencia a medida de que el consultorio se iba vaciando y la voz de la secretaria resonaba entre las paredes al

llamar apellido por apellido.

La secretaria finalmente hizo eco en mi nombre, con voz ronca aparentemente fiel fumadora desde hace años. Logré ponerme de pie, tambaleándome apenas sobre las revistas demacradas encima de la mesita de vidrio. Ni siquiera sabía con exactitud qué estaba haciendo, por un momento me imaginé a mí mismo corriendo hacia la salida, escapar de ese lugar con aroma a desinfectante y a sudor humano. Pero me detuve, como si un cristal invisible me estuviera impidiendo seguir el paso. Me levante de aquella silla metálica con almohadones ya acostumbrados a las posturas nerviosas de quienes pasaron por allí y a partir de ese instante comenzó todo.